

MALERBA

GIUSEPPE GRASSONELLI
Y CARMELO SARDO

MALERBA

VIDA A MUERTE EN SICILIA

TRADUCCIÓN DE NICOLÁS PASTOR

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

A mi querido amigo Carmelo Sardo.

He conocido el mal, el hambre y la soledad, pero tu llegada a mi vida trajo consigo los cegadores reflejos de un sol que me ilumina por dentro.

Giuseppe Grassonelli

Para Giuseppe, que supo volver y está devolviendo.

Para todos los giuseppes sepultados en las cárceles que han regresado a la legalidad.

Carmelo Sardo

Nitimur in vetitum semper cupimusque negatum.

Ovidio

Yo me celebro y yo me canto.

Y todo cuanto es mío también es tuyo, porque no hay
un átomo de mi cuerpo que no te pertenezca.

[...]

El que degrada a otro, me degrada,
y todo lo que se dice o se hace vuelve a mí al fin.

Walt Whitman, *Hojas de hierba*
(traducción de Jorge Luis Borges)

Los hechos, los personajes y los lugares han sido transfigurados por la mirada del narrador. Por lo demás, cualquier parecido con la realidad ha de considerarse puramente casual. El protagonista adopta el nombre de Antonio Brasso porque éste fue el seudónimo que empleó Giuseppe Grassonelli durante el período de su vida que recoge este libro.

A MI ENEMIGO

¿Qué enorme tragedia asoló mi querida tierra?, ¿con cuántas mudas lágrimas los dulces ojos de nuestras madres la lloraron?

Pienso en ti, mi enemigo, y me pregunto si, durante tu breve y desesperante vida, llegaste a dudar que las lágrimas que mi madre derramó por aquel entonces sobre el suelo adoquinado fueran menos amargas que las que tu madre ha derramado ahora por ti.

Creo que el llanto de una madre por su hijo asesinado, lo entone la mía o la tuya, sólo puede ser fruto de un dolor atroz.

Al pensar en las abundantes e inútiles lágrimas de tu pobre madre recuerdo a la mía y siento una angustiada punzada en el corazón porque ahora sé que tu triste destino jamás podrá separarse del mío.

Ese dolor infinito pesará sobre nuestras conciencias como una enorme losa y, desesperados, forcejaremos buscando cualquier pretexto válido en la razón. Pero no hallaremos sino la efímera excusa de haber matado por... venganza.

Nos hundiremos sin remedio, cada día un poco más, en este inmenso lago de dolor.

GIUSEPPE GRASSONELLI

MALERBA

El ladrido lejano de un perro me despierta de mi sueño ligero durante la noche, que cae lenta y monótona sobre mi miserable existencia.

Abro los ojos. La oscuridad de mi celda apenas se ve interrumpida por una pequeña luz amortiguada.

El aullido de ese perro contra el cielo es un lamento sin tregua; probablemente sea un perro callejero. O tal vez una perra callejera desesperada buscando a sus cachorros.

De repente, viene a mi mente un recuerdo de juventud que dibuja en mi rostro una sonrisa amarga.

Cierro los ojos y veo aquella perra que hace treinta años —una vida entera— sacaba la cabeza de su escondite y ladraba. Después husmeaba el aire y miraba a su alrededor. Estaba nerviosa y entraba y salía velozmente de su madriguera, sin saber qué hacer. Por fin salió y empezó a correr a toda velocidad.

Tinu ‘u Mancinu, Totò ‘a Fimminedda, Nelli ‘u Grosso y yo llevábamos una hora agazapados sobre la cima de la montaña esperando ese momento.

Corrí hacia la madriguera seguido de los demás. Introduje el brazo en el agujero y saqué el primer cachorro, que rápidamente se puso a gañir. Tras entregárselo a Nello, metí de nuevo el brazo en la madriguera y agarré el segundo cachorro; esta vez se lo di a Tino.

El tercero era más escurridizo. Se había encogido en el fondo de su madriguera y apenas lograba rozarlo.

«¡Joder!, tengo que darme prisa, como vuelva la perra nos destroza aquí mismo», pensé.

Metí la cabeza e intenté deslizarme hacia la oscuridad del escondite, pero a mis espaldas pude oír a ‘u Grossu gritando: «¡La madre! ¡Que vuelve la madre...!».

Salí rápidamente de la madriguera renunciando al tercer cachorro, cogí los otros dos de las manos de mis amigos y volví a me-

terlos dentro antes de darnos a la fuga. Remontar de nuevo la pared escarpada de la montaña y escapar de la bestia no iba a ser tarea fácil, aunque confiaba en que una vez devueltas las crías la madre renunciaría a ir detrás de nosotros.

No era la primera vez que robábamos cachorros, pero ese día la perra estaba furiosa y no dejaba de perseguirnos.

De repente, Totò resbaló y se precipitó al vacío golpeándose contra todos los afilados salientes de la montaña que encontró en su caída.

«Maldita sea —pensé—, esta vez se ha hecho daño de verdad, el muy desgraciado.»

No había dejado de gimotear desde que habíamos llegado porque quería irse a casa, asustado por si volvía la perra. Totò siempre estaba aterrorizado por algo.

Volví sobre mis pasos para ayudarle. Cuando llegué a su lado traté de tranquilizarlo mientras él gritaba de dolor.

La perra se detuvo a contemplar aquella escena. Parecía pensar: «¡Menudo par de imbéciles!». Por fin, desistió, dio media vuelta y volvió con sus cachorros.

En aquel momento, casualmente pasaba por allí un amigo de mi padre que iba a trabajar. Al ver que Totò estaba sangrando, tenía una pierna rota y una mano fracturada, además de rozaduras por todo el cuerpo, lo subió al coche para acompañarlo al hospital y, lanzándome una mirada asesina, me dijo: «Siempre tú, Male'...».

Male', Malerba, * era mi apodo.

Como de costumbre, cuando volví a casa por la noche recibí una paliza de mi abuelo, de mi padre y de mis tíos, convencidos de que yo era el único responsable. De nada servía que tratara de explicarles que la idea no había sido mía o que éramos unos cuantos. La única que creía en mi inocencia era mi madre, aunque no pudiera librarme ni de las zurras ni de los castigos.

* Literalmente «mala hierba» o «hierbajo». *(Todas las notas son del traductor.)*

Después de aquello mis padres me obligaron a pasar más tiempo con Totò para protegerlo porque era el más débil del grupo, y tuve que acompañarlo cada mañana a la escuela en autobús, cuando hasta entonces yo solía ir corriendo para mantenerme en forma.

Soñaba con ser futbolista y era hincha incondicional de la Juve: Romeo Benetti y Pietro Anastasi eran mis ídolos. Me prometía a mí mismo que algún día sería como ellos. Pero de momento Totò suponía un lastre para mí. Por su culpa me enzarzaba en peleas con los demás chavales casi cada día. Era tan estúpido que en cuanto me alejaba de él le robaban el bocadillo. Afortunadamente, Totò era un buen estudiante y gracias a que él hacía siempre mis deberes conseguí aprobar todos los cursos de primaria y de bachillerato.

Siempre pasaba lo mismo: cuando llegaba a la escuela, cansado y sudado por la carrera, me dormía sobre el pupitre; entonces el maestro intentaba despertarme con un par de bofetadas, pero era inútil, acto seguido volvía a dormirme. Al final el maestro desistía y me dejaba dormir. Me despertaba con el timbre de la campana y sólo entonces comenzaba realmente mi día.

Cuando mi padre, que trabajaba en la Fiat, tenía el turno de dos a diez, comíamos juntos antes de empezar la jornada y me sometía a la tortura de las tablas de multiplicar. Me dio tal cantidad de sopapos que incluso mi maestro se quedó sorprendido de lo bien que me sabía las tablas de multiplicar. Sí, aprendí más de mi padre que de mi maestro. A fuerza de bofetones, sabía más cosas de matemáticas y geografía que el resto de mis compañeros de escuela. Pero en clase estaba totalmente ausente; no me gustaba seguir las lecciones, pensaba que aquello era una pérdida de tiempo.

«Yo soy futbolista, no estudiante», me decía a mí mismo para alentarme.

Durante la época escolar, mis compañeros y yo hicimos todo tipo de trastadas. Robábamos todo lo que se podía robar; pero no para conseguir quién sabe qué, sino tan sólo por el placer que nos proporcionaba el hecho en sí.

En una ocasión Tino y yo vimos cómo el conductor de un furgón de helados, que se había detenido enfrente de una tienda de ultramarinos, bajaba, abría la puerta trasera, sacaba dos cajas de helados y entraba en el establecimiento. Un intercambio de miradas entre nosotros bastó para subirnos al furgón y huir con todo el cargamento.

Fuimos a buscar a los demás y nos dirigimos con el furgón a las afueras a comer helados hasta reventar. Estábamos tan empachados que cogimos los helados que habían sobrado y empezamos a arrojárnoslos los unos a los otros. El porqué de esa gamberrada sigue siendo un misterio incluso para nosotros; no éramos conscientes de que nos habíamos pasado de la raya, de que no era lo mismo que robar unos cachorros.

En nuestro barrio todas las familias se dedicaron a averiguar quién había estado involucrado. Tino, Nello y yo recibimos una buena somanta de palos, pero no «cantamos». Como de costumbre, nos traicionó Totò; el buen chico se lo contó todo a sus padres.

¡Dios bendito, cuántas bofetadas me llovieron aquel día!; pero aquello no fue lo que me hizo sentir mal. Mis familiares, así como los de mis compañeros, se endeudaron para pagar los daños que le habíamos causado al heladero. Yo no me veía capaz de mirar a los ojos a nadie. La única que se apiadó de mí fue mi madre. Me abrazaba y, meciéndome como a un niño, me repetía que estaba segura de que no volvería a hacer nada parecido.

Mi madre, ¡qué mujer tan maravillosa! No recuerdo haber recibido jamás un bofetón de ella. Sus regañinas siempre iban acompañadas de una sonrisa bondadosa. Siempre le prometía que me portaría bien, que sería un buen chico. Pero al cabo de unos días volvía a meterme en líos. ¡Quién sabe cuántas veces la habré decepcionado!

En mi banda éramos unos diez chicos. Cuando no estábamos jugando a la pelota en los patios de nuestro barrio, bajábamos al centro a pasear por la avenida y molestar a todo aquel que se cruzara en nuestro camino.

Nuestros enemigos eran «los vicinzileros», llamados así porque vivían en el barrio de Vicinzella. Nosotros éramos «los indios» porque nuestro barrio era conocido como «zona india».

Un día estábamos buscando a los vicinzileros porque habían pegado a Memè, uno de los nuestros, cuando vimos a una pareja de carabinieri con sus motocicletas aparcadas a pocos metros. Los dos carabinieri eran enormes o, por lo menos, así los vieron mis ojos de niño.

Mientras pasábamos nos lanzaron una mirada escrutadora y severa; nosotros proseguimos nuestro camino poniendo nuestras mejores caras de angelitos.

De repente se oyó un ruido atronador. Me volví y vi una de las motocicletas por el suelo. Me quedé inmóvil mientras uno de los carabinieri de un brinco me agarró y empezó a abofetearme. Me sujetaba con tanta fuerza que apenas podía respirar; su colega se sumó. Intenté forcejear, estaba aterrorizado; no comprendía qué estaba sucediendo ni por qué me estaban pegando. Uno de ellos me dijo que me había reconocido y quería que le dijera mi nombre. Mascullé un nombre falso. El carabiniere se acercó a la radio de la motocicleta mientras me agarraba por el brazo. Mientras se comunicaba con la central conseguí liberarme y huir a través del tráfico del pueblo. El otro carabiniere quiso perseguirme pero no reparó en uno de los coches que pasaban en ese momento.

Lo atropellaron; no murió de milagro.

Estaba trastornado. Las orejas me ardían, tenía la cabeza a punto de estallar y los brazos entumecidos. Corría, asustado como nunca lo había estado. Temía que el carabiniere me hubiera reconocido. Mi padre y mi abuelo me iban a matar: el asunto era grave.

Cuando alcancé a mis amigos estaba tan aturrido y aterrorizado que, en cuanto me vieron, se pusieron todos a reír. Se reían como locos. Yo no comprendía qué sucedía. Hasta que uno de ellos me explicó lo ocurrido: mientras yo estaba de espaldas, Totò le había dado una patada a la motocicleta del carabiniere y la había tirado al suelo.

No dejé que acabara de hablar, me volví hacia Totò y me abalan-
cé sobre él; lo molí a palos. ¿Cómo se atrevía a hacerme pasar ese
mal rato? Mis amigos seguían mofándose de mí. Le di una paliza que
no olvidaría por el resto de su vida. Y cuando sus familiares me
echaron en cara que le hubiera pegado, los mandé al diablo y ame-
nacé con volver a hacerlo al día siguiente. Estaba harto de pagar sus
platos rotos. Y en vista de que yo iba a cobrar de todos modos, deci-
dí asumir todas las consecuencias.

Por fin había conseguido apartar a Totò de mi vida.

Desde aquel día, de acuerdo con Tinu 'u Mancinu y Nelli 'u
Grosso, alejé a 'a Fimminedda. Cada vez que se acercaba le zurraba,
ignorando la consigna de mis padres, quienes todavía pretendían
que me hiciese cargo de él.

Al final se dieron por vencidos, mis amigos y yo no teníamos
intención de volver a aceptar a Totò en nuestro grupo. Además, él se
mantuvo en sus trece y siguió buscándonos problemas. Al final Totò
lo asumió y se encerró en su casa a estudiar.

LAS ARMAS

Las trampas llevaban una hora colocadas. Tino, Nello y yo esperábamos agazapados a que los jilgueros se posasen sobre nuestros cepos. Estábamos callados e inmóviles para que los pájaros no nos vieran desde arriba. De repente vimos que avanzaba hacia nosotros Vicenzu 'u Fitusu, un pastor del pueblo que parecía que nunca se lavara y que incluso durmiera con sus cabras. Nadie se atrevía a acercarse a su redil: era peor que una pocilga.

Sujetaba un enorme saco de yute y una azada, e iba mirando a su alrededor con recelo.

La escena llamó nuestra atención. Cogí los prismáticos y pude ver que 'u Fitusu apartaba la frasca de un lugar oculto y acto seguido se ponía a cavar con la azada. Nos quedamos quietos observándolo, excitados por la idea de estar a punto de descubrir algo.

Vincenzo siguió excavando hasta que extrajo del hoyo un enorme bidón de plástico redondo. Desenroscó el tapón e introdujo con cuidado el saco que llevaba consigo; lo cerró, lo enterró y lo cubrió todo de nuevo antes de alejarse mirando alrededor constantemente como para cerciorarse de que nadie le había visto. En cuanto se hubo alejado lo suficiente, mis compañeros y yo nos pusimos en pie de un brinco y corrimos hacia allí. Empezamos a excavar en el mismo sitio y sacamos el bidón con esfuerzo: era muy pesado.

Agarré el tapón y lo desenroscé con ambas manos. Cogimos el enorme saco y volcamos su contenido en el suelo. Aparecieron dos recortadas, tres revólveres, dos pistolas más, varias cajas de proyectiles y una bolsa, que abrimos de inmediato. Dentro había un montón de dinero. Mucho, por lo menos un millón de liras. Estábamos sobrecogidos; teníamos el corazón a punto de estallar.

No era la primera vez que veíamos armas, incluso habíamos llegado a disparar la vieja pistola que Nello le robaba en ocasiones a su

padre. Pero estas armas eran bonitas, cromadas, pequeñas. Volvimos a meterlo todo en el bidón, lo agarramos por las dos grandes anillas de plástico que hacían de asas y lo escondimos unos cien metros más allá, en un lugar que sólo nosotros conocíamos. Antes de separarnos hicimos un juramento sagrado: no revelar a nadie nuestro secreto, jamás.

Volvimos a casa realmente tarde. Mi padre se había ido a trabajar, pero mi madre me dijo que le había prometido ayudarme a repasar la lección esa misma noche. Pero yo no la escuchaba, sólo podía pensar en nuestro tesoro. Comí un bocadillo a toda prisa y salí corriendo de casa respondiéndole con un «sí, sí».

Nos encontramos en el lugar habitual. Tino llegó con la frente vendada: su madre le había roto un plato en la cabeza por haber llegado tan tarde. Normalmente nos habríamos burlado de él, pero ese día no: estábamos demasiado excitados por lo que nos había pasado y no sabíamos cómo administrar el botín.

Conté el dinero. Eran nueve millones de liras.

Probamos las armas. Nos divertimos disparando las pistolas; gastamos casi cinco cajas de proyectiles. Aun así, todavía quedaban unas cuantas. Tino tuvo algún problema cuando disparó con la escopeta. Después del disparo el fusil se le escurrió de las manos, cayó al suelo y disparó por segunda vez: por suerte, ninguno de nosotros resultó herido, pero el estruendo por poco nos destroza los tímpanos. No, no estábamos hechos para los fusiles.

La primera decisión que tomamos fue repartir los nueve millones y coger una pistola por barba para esconderla luego en lugares diferentes.

¡Joder!, tres millones por barba. ¡Ni en sueños habíamos visto tal cantidad! Para dar una idea de la cantidad que suponía baste decir que el sueldo mensual de mi padre en aquellos tardíos años setenta rondaba las cuatrocientas cincuenta mil liras (el precio de una Vespa nueva, mi sueño). Pero no podía ir a comprarme una Vespa de la noche a la mañana sin levantar sospechas, aunque ya había ideado cómo podría conseguirla: registrándola a nombre de otra persona.

Con la excusa de que la necesitaba para ir a trabajar, mi padre me había comprado una vieja Vespa de segunda mano que costó ciento cincuenta mil liras. Naturalmente, de aquella Vespa conservé únicamente el bastidor en el que se detallaba el número de matrícula y lo mandé cortar y colocar en una Vespa nuevísima que acababa de robar. La pinté de un precioso color azul oscuro. Era magnífica. Sólo el número de bastidor era legal; todo lo demás —carrocería, ruedas, convertidor, motor 75, faros— procedía de unas diez Vespas diferentes.

Por aquella época, pasada la *licenza media*,* trabajaba en un taller y ganaba cuarenta mil liras al mes «por aprender el oficio». ¿Cuándo podría comprarme la Vespa de mis sueños con ese sueldo que, por otro lado, entregaba a mi madre?

Una mañana, mientras me dirigía al taller, vi a mi padre con algunos compañeros de trabajo que acababan de terminar su turno; calzaban unas botas de goma altas llenas de barro.

Esa escena me marcó. No sé cómo explicarlo, pero empezaron a inquietarme extraños pensamientos.

Aquel día me prometí no llevar nunca esa vida.

* Examen que permite el acceso a los cinco años de *liceo* (bachillerato superior); en España correspondería al segundo curso de secundaria.

El perro se ha callado, ya no ladra. Ahora mis pensamientos bullen en la quietud de la noche recorriendo mis años de juventud y una pregunta –siempre la misma– se impone de manera tormentosa: ¿por qué crecí de este modo?

Si cada uno de nosotros pudiera aislar un momento preciso de su adolescencia, identificar un suceso, un episodio, una amistad, algo de lo que inferir la construcción del propio carácter, las acciones futuras, la elección de un camino sobre otro, en mi caso podría indicar aquel día que, recién cumplidos los quince, fui con mis amigos a robar tres cachorros y nos encontramos con un botín escondido de armas y dinero.

Ahora, al recordarlo, no creo que aquel descubrimiento fuera decisivo; importante sí, pero no decisivo.

No fueron las malas compañías o las amistades erróneas, como se tiende a pensar en estos casos. No. Yo estaba hecho de esta pasta y punto. No sé explicarme mejor. De haber estado solo aquel día, habría hecho lo mismo. Fui un delincuente desde pequeño. Pero no era consciente de ello, eso es todo.

La mía era de una de esas familias numerosas que se las apañan con el mísero sueldo del padre. A esa edad el intelecto no nos permite reflexionar y razonar. Si veía algo que me gustaba y que no podía permitirme, lo robaba. Sabía que estaba mal, pero no acababa de entender por qué. Es cosa sabida que cuanto más te adentras en este mundo, más difícil resulta escapar de él. ¡Si por aquel entonces hubiera tenido esta lucidez...! Pero quién sabe, si no hubiera acabado aquí dentro quizá no la tendría.

Tengo los ojos abiertos en la oscuridad, las manos bajo la nuca. Mi compañero de celda ronca ruidosamente, tanto que el camastro chirría. Prefería los ladridos del perro.

EL SECRETO

Tras nuestro valioso descubrimiento pasaron varios días sin que sucediera nada; nadie nos había descubierto. Pero Nello y Tino estaban hartos de vivir con miedo en el cuerpo. No sabían dónde esconder las pistolas; obviamente, no podían esconderlas en casa. Así que las devolvieron al lugar donde las habíamos encontrado. Yo llevaba siempre conmigo mi preciosa pistola y al volver a casa la escondía dentro de un viejo coche abandonado; al salir, la cogía.

Por otro lado, empezamos a gastar el dinero: la tentación era demasiado fuerte. Nos regalamos un equipamiento completo de fútbol, con botas Pantofola d'Oro, que en aquella época costaban un ojo de la cara; además de pantalones vaqueros, camisetas y cazadoras. Las primeras sospechas no tardaron en llegar. La primera vez que me puse mis nuevas prendas mi madre me preguntó enseguida de quién era la cazadora, la camisa y los pantalones. Yo siempre le respondía que me los había prestado un amigo.

—Entonces, ¿puedo decírselo a tu padre para que esté más tranquilo? —me decía ella.

—Claro, claro, que no se preocupe —respondía yo, aunque era evidente que mi madre no me creía.

Pero precisamente por eso podía estar seguro de que no le diría nada a mi padre. A mí me disgustaba verla preocupada, así que empecé a salir de casa con mi ropa de siempre para luego, una vez fuera, cambiarme.

Nos estábamos volviendo unos fanfarrones. En una ocasión, Nello, para pagar tres rajas de sandía sacó del bolsillo un fajo de billetes de cien mil liras y la voz se corrió por todo el pueblo; hasta llegar, obviamente, a nuestros padres.

Una mañana mi padre me agarró del pelo mientras dormía, me tiró al suelo y empezó a darme patadas.

— ¿Dónde has escondido el bidón? — me gritaba a la cara.

— ¿Qué bidón? — le respondí con firmeza cubriéndome la cabeza con las manos mientras me pegaba.

— Ya sabes de qué hablo... Dímelo...

— Yo no sé nada.

— Te voy a matar — dijo él.

Me llovieron tantas hostias que mi pobre madre se llevó un bofetón al intentar detenerlo.

Cuando mi padre se cansó de pegarme me ató con una cadena a la reja del balcón.

— Es inútil que lo niegues — me decían mis tíos con forzada dulzura.

— Tino nos lo ha contado todo — añadió esa víbora que tenía por sobrino.

«Es imposible que Tino haya confesado», pensé, así que no me dejé engatusar.

— Entonces, si lo sabéis todo, ¿por qué seguís pegándome? ¿Qué queréis de mí?

— Escúchame bien — me dijo mi abuelo tras regañar a mi padre por haberme encadenado—. El asunto es serio. Ha venido ‘u Fitusu a buscarme. Me ha dicho que tú le has robado un bidón que tenía escondido y que contenía cosas que necesita recuperar. Escúchame, querido nieto, si habéis cogido el bidón dímelo y se lo devolveremos.

Mi abuelo casi me convence con su tono sereno, pero yo había hecho un juramento con mis compañeros y pensaba respetarlo. Decidí que hablaría con mis amigos y después, tal vez, lo devolveríamos todo.

— Abuelo, no sé nada — fueron las palabras que salieron de mi boca.

Él, no sé si del todo convencido, les dijo a los demás que me dejaran en paz de todos modos. Fue a hablar con Fitusu y le pidió que le explicara los motivos por los que sospechaba de mí.

— Algunos paisanos me han dicho que ‘u Malerba, ‘u Mancinu y ‘u Grosso siempre vienen a esta zona. Pero no tengo pruebas de que hayan sido ellos — le respondió el ovejero.

Fui liberado a pesar de las dudas de mi padre, que le dijo a mi abuelo y a mis tíos que ellos no me conocían lo suficiente y no sabían lo mentiroso que podía llegar a ser.

—A mí no me mentiría jamás —dijo mi abuelo; aquellas palabras me destrozaron por dentro.

Nello y Tino también resistieron a los interrogatorios; ninguno de nosotros cantó. Por una vez, Totò Fimminedda no estaba involucrado y nuestro secreto estaba a salvo. Pero los tres estábamos aterrorizados; nos habíamos metido en un buen lío.

Intenté convencer a mis amigos de que quizá lo mejor era devolverlo todo, pero hicieron oídos sordos.

—Podría casarme con este dinero —decía Tino.

Yo pensé en mi padre saliendo de la fábrica con sus botas llenas de barro.

De buena gana habríamos devuelto las pistolas y las escopetas, pero no el dinero. Además, habría sido difícil convencer a los demás de que sólo habíamos encontrado las armas. Así que decidimos quedárnoslo todo y no exagerar con los gastos para no llamar la atención. Mi padre, aún con cierta sospecha en la mirada, me siguió dando una paga de mil cuatrocientas liras por semana (para cine, pizza y gaseosa) y con eso tenía que apañármelas.

Mientras Tino tenía bastante claro qué iba a hacer con su parte, Nello parecía tener sus dudas: su padre le zurraba de lo lindo y más tarde me confesó que aquel día había estado a punto de ceder.

‘U Fitusu, cada vez que me veía, me decía:

—Male’, Malerba, te llevaste el dinero...

—¿De qué dinero hablas? —respondía yo.

—Dame las pistolas, al menos —insistía él.

—No sé de qué me hablas, ¿qué pistolas? Si no me dejas en paz de una vez se lo diré a mis tíos —lo atajaba yo.

Unos días más tarde, al amanecer, encontraron los cuerpos sin vida de dos hombres en un redil: ‘u Fitusu y un amigo suyo.

Al conocer la noticia nos entró el pánico; pensamos que, de una forma u otra, la culpa era nuestra.

Al día siguiente los carabineros arrestaron a dos personas sospechosas de ser responsables del doble homicidio. Una de ellas confesó que Vicenzu 'u Fitusu les había robado el dinero de un atraco.

Nello, Tino y yo volvimos a jurar que mantendríamos el secreto toda la vida. Además, si se llegara a saber que habíamos sido nosotros también nos habrían liquidado. El secreto debía mantenerse como tal y el miedo nos selló los labios.

No conseguí dormir durante las noches siguientes, presa de las pesadillas; no podía creer que lo que habíamos hecho hubiera acarreado consecuencias tan graves.

En todo caso, el modo en que se sucedieron los hechos, aunque terrible, hizo que mi padre cambiara la imagen que tenía de mí; le repetía constantemente a mi madre que estaba disgustado por haberme pegado por algo que no había hecho; que exageraba al considerarme siempre culpable; que en el fondo seguía siendo un chaval.

Obviamente yo se lo hice notar asumiendo una actitud de indiferencia: había sido perseguido injustamente y dejaba que esto se leyera siempre en mi rostro. Entonces mi padre empezó a mostrarse más dulce y permisivo conmigo... Ahora, al recordarlo, pienso en el grave error que cometió.